



VOLAR

SOBRE LA TIERRA

El milagro de la velocidad jamaicana

Por
Diego Cobo

Usain Bolt y sus compinches han hecho de las pruebas de velocidad un mal negocio para los atletas que no provienen de Jamaica. Curiosos y envidiosos se han dado a la tarea de indagar en las razones de esta hegemonía. ¿Superioridad genética, rezago cimarrón o, simplemente, en la isla correr es la forma más segura de salir de la pobreza?

A LAS SIETE Y MEDIA DE LA MAÑANA, la mujer más rápida sobre la Tierra tiene prisa. Shelly-Ann Fraser-Pryce se ha rapado la cabeza y la cubre con un gorro de lana. En unos meses, cuando luzca las flores amarillas con las que suele tocarse el cabello, quizá se encuentre consiguiendo algo nunca visto: una corredora que gana en tres Olimpiadas consecutivas la medalla de oro en los 100 metros planos.

Después de dos semanas de descanso, Shelly ha vuelto a los entrenamientos en la cancha de atletismo de la Universidad de Tecnología de Jamaica (Utech), donde entrena el MVP Track & Field Club, equipo al que también pertenecen estrellas como Nesta Carter -9,78 segundos, el décimo mejor registro de la



MÁS QUE UN SER HUMANO QUE PARECE JUGAR CON SUS RIVALES, AFLOJANDO EL RITMO EN LOS ÚLTIMOS METROS, BOLT ES UN MITO NACIONAL. ES EL ALIENTO DE TODO UN PAÍS. HACIA FUERA, REPRESENTA UNA VOZ Y UNA BANDERA; HACIA DENTRO, UNA INSPIRACIÓN



historia en 100 metros–, Elaine Thompson –medalla de plata en los 200 metros en el Mundial de 2015– y la prometedor Stephanie McPherson –espigada especialista en 400 metros planos–.

El césped sigue erguido y verde, pero en unas semanas las lluvias y las veloces pisadas dejarán al descubierto la tierra marrón de esta isla caribeña. “Este año no conseguí todos mis objetivos”, explica Fraser-Pryce, “pero casi todos”. Y ese “casi todos” incluye la medalla de oro en Beijing.

Shelly es una mujer pequeña –mide 1,52– y solitaria: entrena rodeada de compañeros, pero apenas interactúa con alguien. Incluso, a la hora de hacer los últimos estiramientos, se aleja hacia un extremo, donde la mirada de su entrenador apenas la alcanza. Solo al final de su faena hace amagos de saludar a uno que otro corredor del club. A los 28 años, asume la disciplina y el sacrificio como parte esencial del atletismo. “Todos los años surgen nuevos desafíos y hay que correr más rápido. Más que un trabajo, esta es una pasión, algo que realmente amo”, cuenta tras el final del entrenamiento.

Jamaica es una fábrica peculiar de velocistas. Desde su infancia, la mujer más rápida del mundo entró en un estructurado sistema de preparación cuyo recorrido garantiza el éxito. Shelly, que se graduó en psicología, llegó al MVP Club tras haber pasado por ese proceso que atraviesa la vida estudiantil de los atletas jamaíquinos desde sus inicios. De hecho, en sus primeros años, no era la mejor en su categoría.

“En 2006, cuando ella llegó a este club y a la universidad, tenía 19 años y su mejor marca era de 11,77. Dos años más tarde ganó los Olímpicos con una marca de 10,78”, afirma Paul Francis, director deportivo del club. De los 130 atletas con los que cuenta el MVP, quince hicieron parte del equipo nacional en la pasada temporada.

Hablamos con Paul Francis en un despacho repleto de cajas de material deportivo Nike. “Es la firma que patrocina al equipo”, aclara señalando el logo en su camiseta, mientras indaga en las razones del éxito: “La gente se pregunta cuál es el secreto del atletismo en Jamaica. Pero creo que nadie ha llegado a ninguna conclusión. Yo creo que buena parte del éxito de este club se debe a Stephen Francis, quien creó un sistema de desarrollo de velocistas”.

Stephen es su hermano y quien en 1999 fundó el MVP, un club vinculado a la Utech, cuyo modelo incluye,

por partes iguales, entrenamiento y estudios. “Si te fijas en Usain Bolt, él no alcanzó su dominio a los 21 años, cuando ganó sus primeros Olímpicos. Él tiene récords desde las categorías de 15 y 16 años. Ese progreso ha sido natural”, explica el director deportivo.



LA ESCUELA PRIMARIA WALDENSE está en una pequeña colina recubierta de césped silvestre en medio del poblado de Sherwood Content, tierra natal de Usain Bolt. A mediodía, los 140 estudiantes salen en desbandada como una colonia de hormigas. La familia Bolt está vinculada a la ampliación y mantenimiento del centro de salud y la escuela del pueblo.

El trayecto que hice para llegar a Sherwood Content desde Falmouth –una vieja ciudad costera que prosperó en el auge de la industria azucarera y esclavista– se prolonga por quince kilómetros. En el camino, las cabras y los chicos descalzos que pasan corriendo definen el paisaje. A la entrada del pueblo, un grupo de jóvenes bebe cerveza. Me acerco y me hablan del hijo más célebre de la región. Dicen que Bolt es un tipo normal y que es habitual verle por allí. “¿Qué pasa, viejo?”, le dicen cuando el hombre más rápido del planeta visita su pueblo. Él, dicen los chicos, alejado de las cámaras de televisión, responde con naturalidad.

No siempre es así. Habitualmente está resguardado tras un escudo de seguridad compuesto por entrenador, agente comercial, mánager ejecutivo, agente de competición, masajista, secretaria y mánager de negocios. Es una marca amparada por varias firmas comerciales cuyas letras más visibles son las de Puma, que cada año inyecta diez millones de dólares en las venas de este organismo que incluye la Usain Bolt Foundation, responsable de la ampliación de la escuela de Waldensa.

Las maestras cuentan orgullosas cómo el propio atleta inauguró las nuevas instalaciones, con unos baños impecables. Y los escolares recuerdan que el plusmarquista les saludaba. En la fachada de la escuela está pintada su figura haciendo su habitual gesto de victoria, con un brazo estirado, otro recogido y ambos índices apuntando al cielo. Los niños suelen imitarlo.

De cerca uno comprueba que es el mismo gigante de 1,95, tallado en ébano, sonriente y bromista que aparece en las pantallas de televisión celebrando triunfos. Un tipo que se distrae con videojuegos y a quien le gustan el rap

y el reggae. Bolt ama el color del oro y no es raro verlo por los bares de Kingston con una visera ladeada y una camiseta ajustada tomándose fotos con los fans que se le acercan. Pero cuando se anuda las zapatillas y comienza a entrenar, es necesario contar con una autorización para poder retratarlo. “Cosa de los patrocinadores”, dicen en su club.

Es una tarde de octubre de 2015. Bolt llega al entrenamiento en un deportivo dorado cuyo brillo parece oponerse al gris de las nubes. Lo aparca en medio de otros coches de alta velocidad y camina hacia la pista. “Yohan”, comienza a gritar mientras se acerca. “Yohhhaaaaannnn”, continúa. Y Yohan, que está descansando en una de las gradas de madera junto a la pista de la Universidad de las Indias Occidentales (UWI), le choca los nudillos.

Yohan se apellida Blake, y fue campeón mundial de 100 metros lisos en 2011. Dos años después, corrió esa misma distancia en 9,69 segundos: el tercer mejor registro de la historia. Los dos mejores son de Bolt, su rival y amigo. Ambos forman parte del Racers Track Club.

Bolt hace algunos sprints y luego de veinte minutos se esfuma hacia el gimnasio. Blake, que lleva unas modernas gafas de sol, hace resistencia con unas gomas atadas a la cintura de un compañero. La nueva temporada comenzó y quedan apenas unos meses para los Olímpicos de Río de Janeiro. En las últimas Olimpiadas, Bolt se llevó el oro en los 100 metros; Blake, la plata.

Más que un ser humano que parece jugar con sus rivales en cada competición, aflojando el ritmo en los últimos metros, Bolt es un mito nacional. Es el aliento de un país que no se exhibe en el escaparate mundial más que como la tierra de Bob Marley y la marihuana, una vieja colonia inglesa que no llega a los tres millones de habitantes y que está en el puesto 96 del índice de desarrollo humano. Hacia fuera, él representa una voz y una bandera; hacia dentro, una inspiración.

No es extraño que el ex primer ministro P.J. Patterson le contara a Richard Moore, autor del libro *The Bolt Supremacy*, que Bolt se había convertido en una nueva palabra en el diccionario: “En un nombre, un verbo y un adjetivo”.



EL BAUTIZO MUNDIAL DE BOLT llegó en 2008, cuando Jamaica renació en los Olímpicos de Beijing. El equipo nacional consiguió once medallas y Bolt tres. Entonces la gente se comenzó a preguntar cuál era la fórmula de esa pequeña isla para lograr tales honores.

Desde Escocia, Yannis Pitsiladis, de la Universidad de Glasgow, promovió un estudio para encontrar la razón que permitía a los jamaquinos correr más rápido. En

BOHRCAFÉ
...para Mentes Brillantes.

¡Haz tu pedido!

pedidos@bohrcafe.com | B/ga 57+ (7) 6420901 Calle 22 No. 16-41
WWW.BOHRCAFÉ.COM | B/ta 57+ (1) 2124980 Calle 60A No. 3A-38, 1er piso



HOY, MÁS QUE NUNCA, CONVERTIRSE EN UN ATLETA DE ÉLITE ES LA MANERA MÁS FIABLE PARA ASEGURARSE UN FUTURO SIN PENURIAS ECONÓMICAS. PARA LOS PADRES, ES UNA GARANTÍA CONTAR CON UN IMPULSO INSTITUCIONAL DESDE LAS PRIMERAS ZANCADAS DE SUS HIJOS ATLETAS



su investigación, observó que en las muestras de sangre el 70% de los atletas tenía acentuado el gen ACTN3. El llamado “gen de la velocidad” aporta a una complexión musculosa –piernas como troncos nudosos de roble y un cuerpo macizo– y favorece la flexibilidad para ejercicios de repentización. Inmediatamente surgieron quienes asociaron la superioridad atlética con ese rasgo y el debate ondeó por todo el mundo. Argumentos a favor y en contra coincidían en la posibilidad de una predisposición genética, pero diferían en considerarla como la razón única del éxito.

Algunos investigadores miraron atrás buscando respuestas en la alimentación y costumbres ancestrales de los jamaicanos, incluso se remitieron a la historia de la esclavitud observando con atención el trabajo duro y las constantes persecuciones. Otros no tuvieron que ir tan lejos en el tiempo ni en las aventuradas teorías: en 1948, cuando Arthur Wint y Herb McKenley ganaron las medallas de oro y plata en los 400 metros lisos de los Olímpicos de Londres, Jamaica aún pertenecía a Gran Bretaña, pero comenzó a saludar al mundo con una identidad propia y el atletismo era su más vistosa bandera. “La gente escribió muchas teorías a raíz de las Olimpíadas de 1948”, reflexiona Garth Gayle, secretario honorario de la Jamaica Athletics Administrative Association (JAAA), la institución pública que maneja el atletismo en el país caribeño, “pero la realidad es que tenemos un fuerte programa de atletismo en la secundaria, el mejor de este hemisferio, en el que los estudiantes compiten desde enero hasta julio, y por eso los colegios proveen atletas de gran talento”.

Cuando Arthur Wint murió en 1992, el periódico inglés *The Independent* afirmó que resultaba extraordinario que de una isla tan pequeña pudieran salir tantas estrellas, y que Wint había sido el mejor embajador entre ellas. Bolt tenía entonces seis años y nadie podía prever lo que, tras pulverizar el récord mundial de los 100 metros en 2008, el legendario Michael Johnson diría sobre él: “Nunca hemos visto nada igual”.

Mientras las hipótesis se multiplican, el país ha seguido cosechando triunfos. En Londres 2012, el hito olímpico se repitió de manera más contundente: Usain Bolt, Yohan Blake y Warren Weir ganaron las medallas de oro, plata y bronce en los 200 metros planos. Algo apabullante.



EN JAMAICA HAY CERCA DE 3.000 ATLETAS profesionales y un largo rastro de figuras reconocidas internacionalmente. Es en lugares como Sherwood Content –unas cuantas casitas del siglo XIX desperdigadas sobre una colina alrededor de una oficina de correos– donde nacen las estrellas. De hecho, de Trelawny, la provincia a la que pertenece el pueblo, han salido otros astros del atletismo: la actual campeona Veronica Campbell-Brown, la ya veterana Merlene Ottey o el mítico Ben Johnson aprendieron a correr ahí.

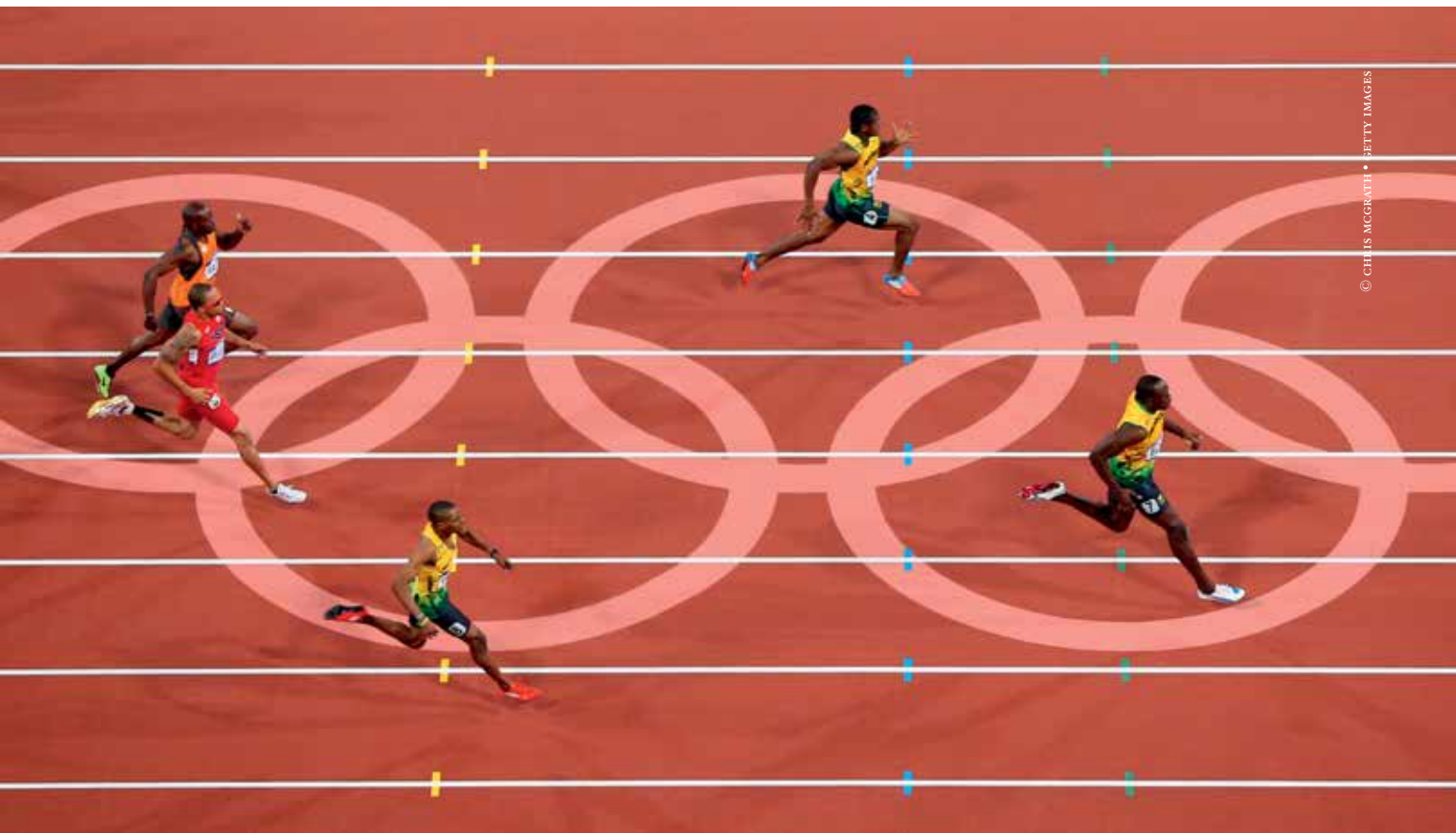
Las zonas rurales de Jamaica son los lugares donde la pobreza se hace más evidente y donde este deporte toma mayor fuerza, pues las clases acomodadas se inclinan por otras disciplinas más sofisticadas. Hoy, más que nunca, convertirse en un atleta de élite es la manera más fiable para asegurarse un futuro sin penurias económicas. Para los padres, es una garantía contar con un impulso institucional desde las primeras zancadas de sus hijos atletas.

“La calidad de nuestro programa se basa en diferentes secciones y entrenadores a lo largo de la formación. Hay una liga de campeonatos de secundaria en la que compite toda Jamaica”, afirma Orville Brown, jefe de entrenadores del Jamaica College, una de las escuelas con mayor tradición del país, con 220 años de historia y 240 atletas entre sus 1.800 alumnos.

El año pasado, el Jamaica College se clasificó en tercer lugar en los Inter-Secondary Schools Boys and Girls Championships, conocidos simplemente como “Champs”, la competencia que reúne a los mejores corredores de la isla entre 10 y 19 años. Desde 1910, todos los grandes atletas de Jamaica han pasado por ahí.


Brown, un hombre amable que ronda los cincuenta años, estudió en esta escuela y se graduó como entrenador en el G. C. Foster College of Physical Education and Sport. “Gracias al G. C. Foster, los entrenadores que no se han formado en programas de secundaria como el del Jamaica College, la Calabar High School –que la temporada pasada ganó los Champs– o el Kingston College –segundo en el podio– han podido enseñar en escuelas más pequeñas. Y este hecho ha impactado en los resultados de los últimos años”, afirma Brown en medio de una atmósfera en la que se respiran ambición y competencia.

Son las seis de la tarde, el sol mancha las colinas que pisan el este de Kingston y por el cielo que amenaza



■ Usain Bolt encabeza la final de los 200 metros planos en Londres 2012, seguido por Yohan Blake y Warren Weir, los tres jamaíquinos.

tormenta vuelan los discos lanzados por atletas más grandes y corpulentos que los corredores. Los saltadores ya han acabado el entrenamiento, los velocistas estiran sus músculos y del gimnasio sale el chirrido de las máquinas metálicas.

 **“NOSOTROS HEMOS ESTADO PRODUCIENDO** jóvenes talentos”, dice Brown, “pero fue Stephen Francis quien averiguó cómo hacer la transición entre tener los mejores atletas juveniles y convertirlos en los mejores atletas a nivel profesional. Hasta hace doce o quince años nos preguntábamos qué pasaba con los que se iban del país y nos planteábamos que quizá era más conveniente desarrollar a los sprinters aquí”. La persona que se detuvo en ese eslabón en que el talento se evaporaba fue Francis.

Stephen Francis es un tipo con una voz grave que sale de sus profundidades. Cuando, en mitad del entrenamiento, lanza gritos, suelta una carcajada que contagia a los atletas al comprobar que su vozarrón de ogro no tiene aires de reprimenda, sino de convicción. “Soy la persona que permite a los atletas cumplir sus ambiciones”, asegura.

Stephanie McPherson, de 27 años, es una de ellas. En el Mundial de Moscú de 2013 finalizó cuarta en la prueba de 400 metros planos. Su entrenador explica que ella no fue descubierta en la secundaria, sino en la universidad. “Hay un sistema hasta que tienen 15 o 16 años, pero cuando se vuelven adultos necesitamos convertir su potencial adolescente en lo que son ahora: es ahí cuando el problema comienza”, explica Francis, cuya preparación es en gran parte autodidacta. “Yo aprendí leyendo, viendo videos... La mayor parte leyendo”.

McPherson es una corredora tímida pero inteligente, que se graduó en el College of Business and Management al tiempo que mejoraba su rendimiento atlético. A pesar de no ser tan joven, aún no ha estado en las Olimpiadas –las de Río serán las primeras–, algo que no parece preocuparle. “Aún no he alcanzado todo mi potencial, y es una buena sensación”, desliza en una distendida conversación al finalizar su entrenamiento. Entrar a competir en un nivel de élite parece motivarla. Alcanzó su mejor marca en 400 metros –49,92 segundos– el mismo año que se vio rodeada por primera vez de grandes estrellas. “No estaba preocupada, solo feliz”, recuerda.

Stephanie no quiere adelantarse a lo que pueda suceder en Río de Janeiro, pero no ha perdido de vista sus



LA CLAVE PARECE SER UNA MEZCLA DE FORTALEZA FÍSICA, UNA AGITADA HISTORIA, DUROS ENTRENAMIENTOS, UNA CULTURA COMPETITIVA Y UN SISTEMA EDUCATIVO QUE INFUNDE, DESDE LOS PRIMEROS GATEOS, EL AFÁN POR VOLAR SOBRE LA TIERRA



aspiraciones. “Cuando era niña soñaba con ser la número uno. Y ahora me siento segura de estar cerca de conseguirlo”, suelta antes de subir a su deportivo rojo y abandonar el recinto. Cuando ella ya no alcanza a oír, Francis por fin lo expresa: “Es probable que se lleve una medalla”.



EN EL PASADO MUNDIAL DE ATLETISMO DE BEIJING, en 2015, Jamaica consiguió doce medallas: en 100 metros, en 200, en 400, en vallas, en lanzamiento de peso. Una menos que en el campeonato de 2009, pero tres más que en 2011 y 2013. Resultados que nutren un dominio cuya clave parece ser la mezcla de fortaleza física, una agitada historia, duros entrenamientos, una cultura competitiva y un sistema educativo que infunde, desde los primeros gateos, el afán por volar sobre la tierra.

Además de la tecnología y las nuevas técnicas de entrenamiento, el apoyo financiero a la causa de la velocidad también ha impulsado este despegue sin precedentes. “En 1948 solo teníamos a Adidas; ahora hay una proliferación de marcas en este deporte, encabezadas por Puma”, dice el secretario de la JAAA. A las clásicas compañías de deporte se suman empresas telefónicas y de lotería que apuestan por el atletismo y por la organización de pruebas.

Paradójicamente, resulta extraño el aire rudimentario en las instalaciones de los dos principales clubes de la isla, Racers y MVP, teniendo en cuenta que sobre sus pistas entrenan los hombres y mujeres más veloces del planeta.

Esa limitación de recursos alguna vez distrajo a Jamaica. Estados Unidos se favorecía de la situación y desarrollaba el talento de los atletas que la isla desperdiciaba. Uno de los logros del país ha sido atender los preceptos de Stephen Francis y hacer un esfuerzo por conservar a sus jóvenes talentos.

Jamaica—cuya superficie ocuparía la mitad del estado de Nueva Jersey y cuya población total se acerca a la de Kansas—es el gran rival de Estados Unidos, un país cuya renta per cápita multiplica por diez la de la isla. “Pero ya no hace falta irse a Norteamérica para ganar. No hacemos nada para retener a los atletas”, cuenta Stephen Francis, “la mayoría están aquí porque creen que si se quedan lo van a hacer mejor que en cualquier otro lugar. Ellos son conscientes de cómo pueden competir mejor, y todo lo demás es secundario”.



PESE A TODO EL ENTUSIASMO DESPLEGADO por atletas y entrenadores respecto a los próximos Olímpicos de Río, hay quienes son menos optimistas en sus cálculos. El grandulón Stephen Francis teme que la época dorada pueda atravesar una crisis o estar a punto de llegar a su fin. A pesar de que entre las nuevas figuras que se están abriendo paso hacia el profesionalismo se encuentran promesas como Waseem Williams, quien con solo 17 años tiene una marca de 10,33 en los 100 metros, o Anthony Haslam, imbatible desde la primaria, existen dudas alrededor del potencial de esta nueva generación.

“Yo creo que no hay suficientes chicos con el talento de la generación anterior”, admite. Y advierte: “Stephanie, Shelly o Asafa no eran muy buenos en la secundaria, pero luego cambiaron. Y no sé por cuánto tiempo podremos prolongar esta situación. Si Jamaica no encuentra la manera de desarrollar a estos prospectos, será difícil mantener nuestra posición, porque yo no estoy viendo Bolts y Blakes en la secundaria. En otras palabras: no podemos cometer más errores”.

En el país donde los niños juegan a ser Usain Bolt, el esfuerzo por disolver las dudas sobre el futuro compromete a los atletas ya consagrados. En Mona High School, un colegio de secundaria público donde estudian 1.500 chicos y chicas vestidos de impecable color caqui, el entrenador Damia George Russell cuenta cómo la Pocket Rocket Foundation, de la campeona Shelly-Ann Fraser-Pryce, otorga becas para el desarrollo de las jóvenes promesas. Rojaire Bingham, uno de los chicos más rápidos en los 800 metros lisos, se beneficia de una ayuda que cubre todos sus costos académicos y le permite entregarse a su pasión.

Mientras tanto, la JAAA sigue desarrollando programas de ayuda a atletas que no tienen financiación externa, las empresas apuestan por este deporte, los profesionales acumulan triunfos por todo el planeta, los niños corretean en las pistas de los colegios y los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro se abren como una esperanza y un interrogante respecto a la evolución de este sistema que con seguridad arrojará varios triunfos. La pregunta es cuántos. “Yo no puedo adivinar el futuro”, sonríe Garth Gayle. ●

■ **DIEGO COBO** (SANTANDER, ESPAÑA, 1986). Periodista y cronista de viajes. Ha publicado sus textos en medios como *El País*, *El Universal*, *El Mundo* y *Travesías*.

FIG.06

CONGRESO INTERNACIONAL DE ILUSTRACIÓN

27.ABRIL – 1.MAYO • 2016

BOGOTÁ, COLOMBIA • 29 FILBO CORFERIAS

WWW.CONGRESOFIG.COM



©Julien Pacaud

ORGANIZA
CASATINTA
WWW.CASATINTA.COM

BUSPEDIA
Cámara Colombiana del Libro

filbo

APPOVE
Fundación Internacional JAVERIANA

Universidad de los Andes

Swisscontact

Swiss

Swiss

Swiss

Swiss

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

GOETHE INSTITUT